

COLABORACIONES

Demanda e institución en «El malestar en la cultura»

El verano de 1929, en una de sus cartas a Lou Andreas-Salomé, Freud se refiere a su última obra como un trabajo superfluo en el que ha descubierto unas cuantas verdades un tanto triviales. Con este juicio sobre su texto parece como si Freud hubiera querido alisar el terreno ante la reactivación de una polémica en el mundo del psicoanálisis en torno al concepto de pulsión de muerte. Hipótesis con la que sabe que se queda solo. El título mismo de la obra quiso suavizarlo, y el término inicial de infelicidad fue sustituido por el término, menos rotundo, de malestar.

La lectura de *El malestar en la cultura* permite seguir sobre la pista del goce hasta toparnos, al final, con la pulsión de muerte. De los puntos de partida posibles que ofrece el texto hemos elegido la demanda. Se trata, por tanto, de un recorrido que va de la demanda al superyó o, dicho de otra manera, del significante al goce pulsional.

Discontinuidad en el yo.

Constitución de la demanda

El yo originalmente lo incluye todo, dice Freud. Sin límites precisos se prolonga hacia el inconsciente, al cual sirve de apariencia engañosa. «Luego, desprende de sí un mundo exterior» (1).

Este yo, señala Freud, ha sufrido una evolución susceptible de ser reconstruida. Puesto que habla de evolución podemos considerar un momento de inicio, momento mítico, caracterizado por una indiferen-

ciación entre el yo y el mundo exterior. Se trata de la hipótesis freudiana de que el lactante no diferencia su yo del mundo exterior. Respecto a este primer momento podemos decir que aún no hay demanda y que ésta sólo comienza a constituirse a partir de la discontinuidad que introduce la diferencia entre el yo y el mundo exterior.

Hay fuentes de excitación para el lactante que «se le sustraen temporalmente –entre éstas, la que más anhela: el seno materno– logrando sólo atraérselas al expresar su urgencia en el llanto. Con ello comienza por oponérsele al yo *un objeto*, en forma de algo que se encuentra *afuera* y para cuya aparición es menester una acción particular» (2).

Primer tiempo en la construcción de la demanda: hay una sustracción y correlativamente a esa sustracción aparece una llamada en forma de llanto.

Segundo tiempo: con el llanto logra atraerse la fuente de excitación sustraída. Es decir, se produce una respuesta del Otro materno al llanto, con dos vertientes:

– una vertiente significante, que es la interpretación de esa llamada, otorgándole un significado de restitución del seno sustraído;

– otra, que es la introducción del objeto como objeto de la demanda. Objeto sustitutivo del seno materno sustraído.

Observamos que la demanda surge en el punto de división entre el yo del lactante y el mundo exterior, en esa discontinuidad que marca el seno materno como algo que es perdido y que establece la oposición entre el yo y el objeto como algo que está

afuera, y que en el segundo movimiento consigue atraérselo. Hay demanda, pues, en la medida que hay un yo dividido en sujeto y objeto, demanda que aparece ligada al principio del placer en tanto que la demanda trata de ajustarse al programa del mismo: lograr la disminución de los niveles de excitación del aparato psíquico (3). Excitación o displacer que aquí está relacionada con la sustracción del seno materno.

Demanda y principio del placer

La aceptación del mundo exterior viene dada por las sensaciones de dolor o displacer que el principio del placer trata de abolir o evitar. Surge así la tendencia a separar del yo todo lo displacentero, «a expulsarlo de sí» y formar un «yo placiente» (4). Discriminación ésta que podemos considerar como trabajo del principio del placer, cuyo surgimiento es sincrónico con la constitución de la demanda.

Freud señala algo paradójico: «Gran parte de lo que no se quisiera abandonar por su carácter placentero no pertenece, sin embargo, al yo, sino a los objetos; recíprocamente muchos sufrimientos de los que uno pretende desembarazarse resultan ser inseparables del yo, de procedencia interna» (5).

Primer problema para el principio del placer: lo placentero está fuera y lo displacentero dentro. Lo que no se quisiera abandonar, lo placentero, es lo que ya está abandonado, perdido, es lo separado del sujeto, es lo que pertenece al mundo exterior, se trata del objeto. Es aquí donde el sujeto se sirve de la demanda en el anhelo de «restituir» el objeto para alcanzar satisfacción. En términos freudianos el objetivo del principio del placer consiste en conseguir la felicidad, la cual «surge de la satisfacción,

casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión» (6). La felicidad, pues, no es un estado sino que se corresponde con un instante de satisfacción, donde tiene que venir a operar la demanda.

Por otro lado, nos dice Freud, lo que se quiere abandonar es lo inseparable del sujeto. En la defensa que el principio del placer establece contra los estímulos internos displacientes tienen «origen importantes trastornos patológicos» (7). Pone en relación esa fuente de displacer inseparable del sujeto con los trastornos patológicos, y lo pone en relación como causa.

Nuestra «constitución» por tanto, limita nuestra facultad de felicidad (o de satisfacción), no así nuestra capacidad de experimentar la desgracia, el sufrimiento.

Freud aísla tres posibilidades de sufrimiento que rebajan las pretensiones de felicidad: el cuerpo, el mundo exterior, los otros. Y la finalidad del principio del placer de conseguir la felicidad la transforma Freud en finalidad de evitar el sufrimiento: «El designio de ser felices que nos impone el principio del placer es irrealizable» (8).

Acabamos de subrayar la relación de importantes trastornos patológicos con la pugna que el principio del placer establece contra los estímulos internos displacientes pertenecientes al sujeto, y algo más avanzado el texto nos encontramos con que Freud señala la neurosis como una fuga del medio ambiental, en la que se pueden obtener satisfacciones sustitutivas, es decir satisfacciones a través del síntoma. Da la impresión que Freud introduce un elemento de confusión en cuanto al origen de la enfermedad, que sin embargo no es tal, puesto que las tres posibilidades de sufrimiento que indica nos ayuda a orientarnos:

– El cuerpo, como fuente de los estímu-

COLABORACIONES

los internos displacientes. Podemos situar aquí lo real.

– El mundo exterior y los otros –simbólico e imaginario– como el mundo ambiental del que el sujeto escapa hacia la neurosis, con su producción sintomática.

Institución y principio del placer

En el capítulo III Freud habla del fracaso de las instituciones, creadas para proporcionar protección y bienestar para todos y el «pésimo resultado en la prevención del sufrimiento» que se consigue con estas instituciones, poniendo la causa en «nuestra propia constitución psíquica» (9). Constitución psíquica que es otra forma de Freud de referirse a lo que hasta ahora viene llamando estímulos internos displacientes.

El planteamiento que hace Freud es que las instituciones están creadas para prevenir el sufrimiento, que es lo mismo que decir que han sido creadas para cumplir la finalidad del principio del placer de evitar el sufrimiento. Argumenta, además, que el fracaso institucional tiene una causa de estructura psíquica. Es importante tener en cuenta esta observación de Freud de que algo inherente al sujeto pone un límite a la aspiración del principio del placer, incluso considerado como evitación del sufrimiento. Cabe entonces considerar en la cura psicoanalítica la perspectiva de tratar con el sufrimiento, diferente al concepto institucional de tratar el sufrimiento.

«Los recursos con los cuales intentamos defendernos contra los sufrimientos amenazantes» (10) proceden de la cultura. Estos recursos derivan de los avances científicos y técnicos a los que Freud llama «bienes». De la actividad cultural, dice, resultan productos «útiles» para satisfac-

ción de las «demandas materiales» y productos «inútiles» cuyo valor es estético. Ambos convergen «en el provecho y el placer». Sin embargo, a pesar de los grandes avances que podrían acercarlo más a su ideal tampoco el hombre es feliz.

Se puede pensar la cultura como la respuesta a un ideal del hombre. Gracias a su anhelo de alcanzar ese ideal se desarrolla un saber cuyo resultado son productos o bienes que sirven a la demanda. Situamos en este punto al Otro de los bienes a quien demandar. Otro que es encarnado por la institución.

La institución, como recurso que opera con el objetivo de llevar a término el programa del principio del placer, fracasa, aunque Freud pone la causa de este fracaso en el sujeto. ¿Qué le impide a la institución salvar este obstáculo del sujeto sino el propio objetivo para el que ha sido creada?: funciona como el Otro que sabe qué conviene al sujeto y como el Otro que tiene el objeto que necesita el sujeto, para proporcionar –de esta forma– las condiciones adecuadas a la homeostasis del principio del placer. Con ese saber y tener que la institución oferta habría de dar satisfacción a las demandas y cerrar toda hiancia del sujeto. Pero esas condiciones de la institución constituyen sus dificultades ante un sujeto que se escabulle y para quien el objeto es siempre sustitutivo (no existe el objeto, sino un objeto, y otro, y otro...), la demanda metafórica (siempre es demanda de otra cosa) y la satisfacción es una satisfacción sustitutiva que se obtiene por la vía del síntoma.

Renuncia a la satisfacción

La cultura, que crea recursos para ponerlos al servicio del principio del placer –co-

mo es el caso de las instituciones—, debe, sin embargo, su existencia al incumplimiento de este principio.

«La cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones pulsionales» (11). Freud señala la insatisfacción pulsional como condición previa a la cultura. La sustitución del individuo por la sociedad «representa el paso decisivo hacia la cultura. Su carácter esencial reside en que los miembros de la comunidad restringen sus posibilidades de satisfacción, mientras que el individuo aislado no reconocía semejantes restricciones» (22).

¿Cómo, se pregunta Freud, una pulsión se puede sustraer a su satisfacción?, lo que, por otra parte, puede ocasionar graves trastornos si no se obtiene una compensación.

Empieza a buscar la respuesta por el lado del amor, afecto que Freud considera como un fundamento de la vida en común, que ejerce su influencia en la sociedad en sus dos vertientes:

– Amor sin renuncia a la satisfacción sexual directa.

– Amor coartado en su fin, transformado en cariño.

Respectivamente, lo que en *Psicología de las masas* denomina amor sensual y amor tierno.

La cultura pretende ligar a los miembros de la comunidad, promueve potentes identificaciones y pone en juego la máxima cantidad posible de libido con fin inhibido, es decir, la máxima cantidad de amor coartado en su fin o amor tierno, que es lo que corrientemente entendemos por amor. «La realización de estos propósitos exige una restricción de la vida sexual» (13), subraya Freud, y se hace otra pregunta: en qué fundamenta la cultura su oposición a la sexualidad.

Tenemos dos preguntas de Freud: ¿por qué una pulsión se sustrae a su satisfac-

ción?, ¿por qué la cultura se opone a la pulsión sexual?

A la sexualidad la cultura contraponen el amor como precepto, y lo que subyace a este precepto es la pulsión de muerte.

La manifestación de la pulsión de muerte bajo la forma de la agresividad perturba la relación entre los hombres e impone a la cultura el despliegue de preceptos, de ideales. Hay «una primordial hostilidad entre los hombres» (14) que sitúa a la sociedad al borde de la desintegración. La pulsión de muerte constituye, por tanto, «el mayor obstáculo con que tropieza la cultura» (15).

Los métodos que la cultura usa para ligar a los miembros de la comunidad —identificación a los ideales y establecimiento de vínculos amorosos coartados en sus fines— constituyen a la vez barreras a las tendencias agresivas del hombre. «De ahí las restricciones a la vida sexual y al precepto ideal de amor al prójimo como a sí mismo, porque ningún otro es, como él, tan contrario y antagónico a la primitiva naturaleza humana» (16).

A mayor restricción sexual más amor, que es el antagonista, el oponente de la agresividad. «Es el amor quien inhibe la agresividad» (17), dice a este respecto J. A. Miller.

La cultura para defenderse se hace restrictiva a la sexualidad y a las tendencias agresivas, es decir restrictiva en cuanto a las pulsiones, para lo cual opone el Ideal con sus dos vertientes de identificación y amor.

Superyó

De los diferentes recursos que se vale la cultura para coartar la agresividad, el principal tiene lugar en el sujeto y su resultado es el superyó.

COLABORACIONES

La pulsión de muerte, como obstáculo para la cultura, se torna inocua porque es introyectada, es dirigida contra el propio yo, se vuelve contra el sujeto en calidad de superyó.

«La agresión es introyectada, devuelta en realidad al lugar de donde procede...» (18). La pulsión de muerte sale del sujeto como agresividad y retorna hacia él como superyó. Son dos caras de la pulsión de muerte:

– Cuando sale del sujeto su forma es la agresividad.

– Cuando retorna al sujeto su forma es el superyó.

«...es dirigida (la agresión) contra el propio yo, incorporándose a una parte de éste que en calidad de superyó se opone a la parte restante...» (19). Hay una división del yo, una parte se hace superyó y la parte que queda es objeto de su acción. «...y asumiendo la función de conciencia moral, despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños» (20). La tensión creada entre el yo y el superyó la califica Freud de sentimiento de culpabilidad, el cual se experimenta cuando se ha hecho algo malo.

La facultad de discernimiento entre lo que está bien y lo que está mal, le viene al sujeto de una autoridad exterior que ejerce sobre él la prohibición de las satisfacciones pulsionales. El sujeto depende de esta influencia exterior, los padres, sin cuya protección quedaría en situación de desamparo.

Cuando el sujeto hace algo malo aparece el sentimiento de culpabilidad. Lo que está mal viene marcado por este Otro exterior y que pone al sujeto en riesgo de perder su amor y su protección. Por eso la culpa es temor a la pérdida de amor. «Lo malo es, originalmente, aquello por lo cual

uno es amenazado con la pérdida de amor... el sentimiento de culpabilidad no es más que un temor ante la pérdida de amor» (21). ¿Qué es lo malo?, la satisfacción pulsional. La renuncia a la satisfacción pulsional, dice Freud es «una consecuencia del temor a la autoridad exterior, se renuncia a satisfacciones para no perder el amor de ésta» (22).

Llegamos aquí a una primera respuesta a esa primera pregunta que se formulaba Freud sobre la razón de la renuncia a la satisfacción pulsional. Por amor. El sujeto para no quedar en situación de desamparo se asegura del amor del Otro.

Hemos subrayado antes la idea freudiana de que la satisfacción pulsional atenta contra la civilización y que a ello se le opone el amor como precepto. Sobre este Ideal de amor se construye el superyó.

Freud señala una paradoja: el superyó es más severo y desconfiado cuanto más virtuoso es el hombre. Hay una proporción, a más renuncia a la satisfacción más superyó.

Podríamos decir a más oposición al principio del placer más superyó.

Desde el punto de vista de la demanda sucede que a mayor austeridad en la demanda transitiva (demanda de objetos de satisfacción o, como dice Freud, productos útiles para satisfacción de las demandas materiales) mayor superyó. A más prohibiciones más deseo insatisfecho, más tentación de satisfacción, más superyó. Pero este rigor en la demanda de objetos tiene también como efecto un aumento de la demanda, pero no de la demanda material sino de la demanda de amor. A más superyó, más sentimiento de culpabilidad o, lo que es lo mismo, más temor a perder el amor y, por tanto, más demanda de amor. Por otra parte, se produce una mayor idealización del objeto.

Ahora bien, a mayor satisfacción pulsio-

nal, a menos renuncia a la satisfacción, superyó más indulgente, menos severo. Tenemos aquí el amor sensual de *Psicología de las masas*, donde se obtienen una mayor satisfacción acompañada de una mayor degradación del objeto.

En cuanto a la renuncia al goce, a la satisfacción pulsional, Freud dice que no es suficiente con renunciar, pues el deseo persiste y no le puede ser ocultado al superyó, y en consecuencia vuelve a aparecer el sentimiento de culpabilidad, que a su vez exigirá nuevas renunciaciones.

Llegados a este punto hay que tener en cuenta la observación de Miller: «lo que Freud hasta aquí nos ha hecho seguir es una génesis del superyó a través de la identificación. Fundamentalmente nos explica que el precursor del superyó es el Otro real y que este Otro real se encuentra por identificación simbólica introyectado por el yo» (23). Otro real que es esa autoridad exterior, ese agente externo de quien depende el sujeto y por cuyo amor renuncia a la satisfacción pulsional, retornando la pulsión al sujeto.

Freud plantea que quiere abordar toda esta cuestión que viene tratando del superyó «desde otro ángulo» (24), este otro ángulo, dice Miller, es el «ángulo de goce» (25). Para Freud se trata de una idea propia del psicoanálisis. Si bien en un primer tiempo la renuncia a la satisfacción pulsional es consecuencia de la angustia a perder el amor de la autoridad exterior, convertida después en conciencia, posteriormente esta situación se invierte y —esta es la idea del psicoanálisis— «toda renuncia pulsional se convierte en una fuente dinámica de la conciencia moral; toda nueva renuncia a la satisfacción aumenta su severidad y su intolerancia» (26).

Miller, en *Poli(é)tica*, distingue dos vertientes del superyó:

– Una vertiente simbólica, de amor e identificación al Ideal. El hombre virtuoso-austero, es el más culpable. Se renuncia por amor.

– Una vertiente del goce. La satisfacción pulsional a la que se renuncia pasa a constituir el superyó: «la sustancia misma del superyó está hecha de goce, está hecha de satisfacción pulsional... el superyó es el resultado de la renuncia a las pulsiones» (27).

Freud se hacía una pregunta ¿por qué una pulsión se sustrae a su satisfacción?, y avanzaba una respuesta: por amor. Pero en realidad no hay renuncia porque la satisfacción «reaparece bajo la forma de agresión contra el sujeto» (28). La agresividad dirigida hacia el exterior, es reprimida y no se satisface directamente, se dirige contra el sujeto como superyó y en ese retorno encuentra su satisfacción. En *Mas allá del principio del placer*, Freud apunta algo en relación a la satisfacción pulsional: «todo displacer neurótico es de esta naturaleza: placer que no puede ser sentido como tal» (29). Está diciendo que el displacer es un placer o, en otros términos, que toda insatisfacción neurótica es una satisfacción que no se experimenta como satisfacción, que toda insatisfacción es una satisfacción de la pulsión.

Impasse institucional

El precio pagado por el progreso cultural, dice Freud, es la pérdida de la felicidad y el aumento del sentimiento de culpabilidad, el cual es una variante de la angustia. A su vez la angustia remite al superyó y al síntoma.

Si el superyó es la vía por la que encuentra su satisfacción la pulsión de muerte, el síntoma es la vía por la que se satisface la pulsión sexual reprimida. La pulsión siem-

COLABORACIONES

pre encuentra sus modos de satisfacción. Y el síntoma es, por tanto, una satisfacción sustitutiva o, de otra manera, un beneficio secundario. A este respecto, volvemos a citar a Freud: «Cuando un impulso instintual sufre la represión, sus elementos libidinales se convierten en síntomas, y sus componentes agresivos, en sentimiento de culpabilidad. Los síntomas de las neurosis son en esencia satisfacciones sustitutivas de deseos sexuales no realizados» (30). Es importante subrayar cómo la pulsión si no obtiene una satisfacción directa, la obtiene en el rodeo que da con el superyó o con el síntoma, y que este rodeo tiene sus consecuencias en una cura porque actúa como resistencia.

Freud define la resistencia como «una fuerza que se defiende con todos los medios posibles contra la curación y que se halla completamente resuelta a aferrarse a la enfermedad y al sufrimiento. Una parte de esta fuerza son el sentimiento de culpa y la necesidad de castigo que se localiza en la relación del yo con el superyó. Pero ésta es sólo la porción de resistencia que se haya de algún modo ligada psíquicamente al superyó» (31).

Este punto plantea algunas dificultades en relación a la institución. En el último capítulo de *El malestar* Freud vuelve sobre la oposición entre el proceso del individuo y el proceso cultural. En el primero, el fin principal es el programa del principio del placer, es decir alcanzar la felicidad o la satisfacción directa de las pulsiones. Una tendencia antagónica y a la vez condición indispensable para lograr la felicidad es lograr la inclusión en la comunidad, pero puesto que esta condición se opone a la satisfacción pulsional, mejor si pudiera ser eliminada. Esta paradoja, de que para conseguir un mismo fin sean necesarios dos

requisitos contrapuestos, le llevó a Freud a considerar la felicidad como algo irrealizable. En el proceso cultural el objetivo principal es lograr una unidad formada por individuos, mientras la felicidad individual pasa a segundo plano. Incluso el éxito de la comunidad estaría casi asegurado si se prescindiera de la felicidad individual, es decir de la satisfacción pulsional.

Hemos visto anteriormente que la institución es un recurso cultural que fracasa en su intento de proporcionar bienestar y evitar el sufrimiento. Ahora, aquí, Freud añade como objetivo principal de la cultura la adaptación del sujeto a esa unidad formada por individuos. La institución fracasa en su objetivo de satisfacer al sujeto, de responder a su demanda –siempre aparece otra demanda– y la causa de este fracaso Freud la pone en el sujeto, en la medida que por el lado del sujeto hay un límite al objetivo de la institución de cumplir el programa del principio del placer. Lograr la felicidad es irrealizable y evitar el sufrimiento no es posible puesto que es producido por un displacer interno, luego la cuestión a plantear son los modos de aproximación al sujeto.

Por un lado la institución funciona como el Otro que sabe qué respuestas conviene a las demandas del sujeto, y por otro, en la medida que demanda del sujeto su adaptación y la eliminación de sus síntomas –es decir, la renuncia a la satisfacción pulsional– funciona fabricando ideales y preceptos superyoicos.

Este contrasentido de la institución, creada para evitar el sufrimiento del individuo a la vez que para adaptarlo (lo que constituye su infelicidad) es un *impasse* institucional en estrecha relación con las paradojas que este texto de Freud nos presenta.

El principio de que la cultura reposa

sobre la renuncia a las satisfacciones pulsionales, es igualmente válido para la institución: puesta al servicio del placer (satisfacción pulsional) debe sin embargo su existencia al incumplimiento de este principio (renuncia a la satisfacción). Podemos decir que opera como el sujeto, tratando de tapar la pérdida que es condición de su existencia, ¿cómo?, con la demanda, intentando satisfacerla, completando al Otro.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) FREUD, S., «El malestar en la cultura», *Obras completas*, Tomo VIII, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, p. 3.019.
- (2) *Op. cit.*, p. 3.019.
- (3) FREUD, S., «Más allá del principio del placer», en *op. cit.*, p. 3.019.
- (4) FREUD, S., «El Malestar en la cultura», en *op. cit.*, p. 3.019.
- (5) *Op. cit.*, p. 3.019.
- (6) *Op. cit.*, p. 3.025.
- (7) *Op. cit.*, p. 3.019.
- (8) *Op. cit.*, p. 3.029.
- (9) *Op. cit.*, p. 3.031.
- (10) *Op. cit.*, p. 3.031.
- (11) *Op. cit.*, p. 3.038.
- (12) *Op. cit.*, p. 3.036.
- (13) *Op. cit.*, p. 3.046.
- (14) *Op. cit.*, p. 3.046.
- (15) *Op. cit.*, p. 3.052.
- (16) *Op. cit.*, p. 3.046.
- (17) MILLER, J.-A., «Poli(e)tica», en *Cuadernos Europeos de Psicoanálisis*, 1996, Bilbao, 13, p. 22.
- (18) FREUD, S., «El malestar en la cultura», en *op. cit.*, p. 3.053.
- (19) *Op. cit.*, p. 3.053.
- (20) *Op. cit.*, p. 3.053.
- (21) *Op. cit.*, p. 3.054.
- (22) *Op. cit.*, p. 3.056.
- (23) MILLER, J.-A., *op. cit.*, p. 25.
- (24) FREUD, S., *op. cit.*, p. 3.056.
- (25) MILLER, J.-A., *op. cit.*, p. 26.
- (26) FREUD, S., *op. cit.*, p. 3.056.
- (27) MILLER, J.-A., *op. cit.*, p. 27.
- (28) *Op. cit.*, p. 28.
- (29) FREUD, S., «Más allá del principio del placer», en *op. cit.*, p. 2.509.
- (30) FREUD, S., «El malestar en la cultura», en *op. cit.*, p. 3.063.
- (31) FREUD, S., «Análisis terminable e interminable», en *op. cit.*, Tomo IX, p. 3.357.

* Francisco Cervilla Sánchez. Psicólogo. C.I.S. de Retiro. Ayuntamiento de Madrid.
Correspondencia: Francisco Cervilla. C.I.S. de Retiro. Ayuntamiento de Madrid. Tel. 91 5759067.

** Fecha de recepción: 5-V-1998.